

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

(Continuación)

Voy a ilustrar mis palabras con un caso que se presentó en España en los días del apogeo de la Inquisición, y al que los jueces del Tribunal a que aludo le dieron el cariz de una inequívoca intervención del demonio. Referiré para ello lo que el historiador Juan Antonio Llorente nos informa al respecto.

Se trata del doctor *Eugenio Torralba*, médico de Cuenca, de tan extraordinaria fama por sus «hechos asombrosos» que don Miguel de Cervantes lo cita en su historia de «Don Quijote» (1), y un bardo de la época, Luis Zapata, en un poema envergado a la figura de Carlos V —*Carlos Famoso*— (2) se refiere a él en varias partes de esta épica operación.

Lo que se sabe de Torralba es lo que él mismo contó a los inquisidores de Cuenca en cuyas cárceles entró en enero del año 1528 y cuya sentencia pronuncióse el 6 de marzo de 1531. «En ocho declaraciones que

(1) *Historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. C. XXXI.

(2) El poema de Zapata sobre Carlos V fué dedicado al rey don Felipe II y se publicó en Valencia en 1566.

hizo en su proceso —dice Llorente— Torralba tuvo el cuidado de citar siempre personas ya difuntas, menos una (muy su amigo) y ésa lo delató a la Inquisición por escrúpulos que tuvo.

Según el historiador ya citado, el doctor Eugenio Torralba nació en la ciudad de Cuenca y en su proceso declaró que siendo de edad de quince años había ido a Roma donde estuvo en calidad de paje al servicio de don Francisco Soderini, obispo de Volterra, y luego cardenal, creado en 31 de mayo de 1503. En aquella capital estudió Filosofía y Medicina y siendo ya médico, tuvo muchas polémicas sobre la inmortalidad del alma y aunque Torralba no arrancó de su corazón la religión aprendida en la infancia, quedó en el estado pirrónico, del que duda de todo.

En Roma, Torralba tuvo como amigo a un cierto fraile dominicano de nombre Pedro, que un día le refirió que él se hacía servir por un ser de pura inteligencia, un ángel bueno, denominado *Zequiél*, tan poderoso en saber cosas ocultas o futuras que no cabía en ponderaciones. Este ángel era de condición tan particular, «que lejos de querer pacto para comunicar sus noticias, lo aborrecía diciendo que quería ser libre y servir por amistad al hombre que pusiera en él su confianza, lo que haría con libertad plena de revelar o no los secretos, porque si negándose a ello con tesón le quisieran porfiar con importunidades, se retiraría de la sociedad del hombre a que se hallase agregado y no volvería más a ella».

Fray Pedro se interesó por saber si a Torralba le acomodaría tomar también a Zequiél por amigo y servidor suyo; a lo que el doctor de Cuenca manifestó que tendría un gran gusto en hacerlo.

En esta aceptación mental se inician, para el do-

tor de Cuenca y el ángel de marras, los preliminares de un pacto...

Cierto día se presenta Zequiél en figura de un joven blanco y rubio, con vestido encarnado y sobretodo negro, y dice a Torralba: «Yo seré tuyo mientras viva y te seguiré dondequiera que vayas».

Desde aquel entonces el ángel aparecíase a Torralba en las horas propicias a su calidad sobrenatural, que eran, en especial, los novilunios, los cuadrantes de luna y los plenilunios; y casi siempre su traje era el mismo, pues a veces usaba el de peregrino y otras el de ermitaño.

Jamás el médico tuvo una duda respecto a las calidades celestes de la extraordinaria aparición. Siempre juzgó que Zequiél era un ángel bueno, tanto por su afán de hablar en latín e italiano, idiomas tan gratos a los clérigos, como porque jamás le había inducido a error alguno ni a obras malas. Antes bien, algunas veces lo reprendía por su falta de virtudes. Con frecuencia, asimismo, asistía con Torralba al templo a horas, precisamente, en que celebrábase allí el sacrificio de la misa.

Es verdad que de esta compañía el médico de Cuenca no sacó más provecho que el de aprender la virtud oculta de varias hierbas y plantas para curar algunas enfermedades; y como Torralba ganara mucho dinero con sus curaciones, Zequiél lo reprendía «diciéndole que no lo recibiera, pues el antídoto no le había costado estudio ni trabajo».

A pesar de sus éxitos y de que Torralba para aumentar sus entradas dedicóse también a la práctica de la quiromancia, lo cierto es que el famoso médico quejábase continuamente de falta de dinero.

Un día en que la tristeza le tenía apretado el cora-

zón por esa causa, Zequiél se presentó a su amigo y le dijo: «¿por qué estás triste aunque no tengas moneda?» E inmediatamente encontróse el médico con seis ducados en la cama, lo que se repitió en varias ocasiones, dándole la convicción de que era el ángel quien los ponía allí.

Pero, si no en riquezas que prestan pero que no dan sabiduría, Torralba recibió de Zequiél otras claras muestras de amistad. Así, por ejemplo, le permitía profetizar en asuntos políticos, como en el caso —y este es uno entre cientos— cuando anunció al Cardenal Giménez de Cisneros y al gran capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba, que pronto su rey —don Fernando, llamado el *Católico*— recibiría una noticia desagradable; la que en efecto ocurrió, pues en aquel mismo día trajo un correo la información de haber muerto en Africa, en una desgraciada expedición contra los moros, don García de Toledo, hijo del duque de Alba.

En otras ocasiones este don profético lo recibió en su beneficio personal, como una vez que paseando en el muelle de la ciudad de Nápoles con un paisano suyo, y persuadiendo éste a Torralba que le acompañase a ciertas diversiones, Zequiél le disuadió y aun le apartó de la compañía del paisano, lo que determinó que el médico se salvara; pues luego supo Torralba que si hubiera ido le habrían quitado la vida como se la quitaron al otro.

Regresado a Roma en 1513, el doctor tuvo vivos deseos de ver a Tomás de Becara, íntimo amigo suyo que se hallaba en Venecia. Consumíase por estos deseos cuando se le apareció Zequiél y lo condujo allí de ida y vuelta y con tal brevedad que las personas

que en Roma tenían con él trato continuo no lo echaron de menos.

También poseía Zequiel esa *vista sutil* que se atribuye a los iniciados. . . . Allá por el año de 1516, don Bernardino de Carvajal, cardenal de Santa Cruz, dijo a Torralba que fuese a pasar una noche con el doctor Morales, su médico, en casa de una española nombrada *la Rosales*. Buscaba el cardenal, con la ayuda del médico de Cuenca, salir de la curiosidad respecto a la verosimilitud de un prodigio que corría de boca en boca: la espantable aparición que noche a noche le ocurría a la tal Rosales de un fantasma en figura de hombre muerto a puñaladas. Y aunque el doctor de su eminencia pasó allí una velada entera y no vió nada cuando la mujer gritaba estarle viendo, don Bernardino esperaba instruirse más por medio de Torralba.

Concurrieron pues el doctor Morales y el de Cuenca a la casa en cuestión; pero cuando a la una de la madrugada gritó la mujer según su costumbre, el único que vió la figura de un hombre muerto y otro fantasma detrás que parecía de mujer, fué Torralba. . . .

—¿Qué buscas aquí?—le preguntó el de Cuenca.

A lo que el fantasma le respondió:

—Un tesoro.

Y diciendo esto desapareció al instante.

Rogado Zequiel a descifrar el enigma, dijo que había de veras enterrado en la casa un hombre muerto a puñaladas.

Estando en Valladolid hacia el año de 1520 con un amigo, don Diego de Zúñiga, pariente del duque de Véjar, y de don Antonio, gran Prior de Castilla en el orden de San Juan, el doctor Torralba le expresó a don Diego que quería volverse a Roma, «porque tenía

proporción de hacer el viaje brevemente cabalgando en una caña por los aires y guiado por una nube de fuego»; y en efecto regresó a Roma donde el cardenal Volterra y el Prior del orden de San Juan le rogaron les cediera su espíritu familiar. Torralba lo propuso a Zequiél, y aun se lo rogó con grandes instancias, pero no se consiguió que condescendiera.

Pero el «hecho» determinante de la desgracia de Torralba, fué el ocurrido en mayo de 1527. El día 5 de ese mes Zequiél comunicó al doctor que a la mañana siguiente sería tomada la ciudad de Roma por las tropas imperiales y deseando él presenciar un suceso tan grande del pueblo que miraba como su segunda patria, rogó al ángel que lo condujese a tiempo de conseguirlo. Este condescendió y ambos salieron de Valladolid paseándose a las once de la noche. A poca distancia de la ciudad, Zequiél dió a Torralba un palo lleno de nudos y le dijo: *Cierra los ojos, no tengas miedo; ten eso en la mano y no te resultará mal alguno.*

Cuando llegó el caso de abrir los párpados creyó estar tan cerca del mar que podía tocar sus aguas; y, metido en una nube muy obscura que pronto se iluminó hasta el extremo de recelar quemarse, Torralba tuvo miedo. Lo cual observó el ángel y le dijo: *No temas bestia fiera.*

Vueltos a cerrar los ojos y pasado algún tiempo, creyó estar en tierra; Zequiél le mandó descubrirse y le preguntó si sabía donde se hallaba. El doctor observó los objetos y como dióse cuenta que estaba en Roma respondió que creía encontrarse en la *torre de Nona*. Sonó entonces la campana en el reloj del castillo de San Angelo dando las cinco horas de la madrugada, es decir, las doce, hora española. De manera que se había hecho el viaje en sólo sesenta minutos.

Inmediatamente Torralba y Zequiél se dieron a recorrer las calles de Roma viendo el saqueo de sus casas y visitando otras, como la del obispo Lopis tudesco de nación, que vivía en la torre de Santa Ginia. En ésta su extraordinaria visita a la ciudad eterna, el doctor, presenció además, muchas cosas terribles: vió morir al condestable de Francia don Carlos de Borbón, y en tanto la urbe santa ardía entre los desmanes de la plebe, contempló, asimismo, como el padre de la cristiandad, el Pontífice Máximo, era recluído en la torre de San Angelo.

Había, sin embargo, que volver a Valladolid y lo hizo en hora y media. Aquí el ángel se despidió de él y antes de partir le expresó severo: «Desde ahora deberás creer cuanto yo te diga».

Los hechos que acabamos de señalar fueron comunicados inmediatamente por el doctor en los grupos que frecuentaba y como luego fueron ellos confirmados por las noticias que llegaron a la corte, la leyenda tejida en torno del doctor, hipertrofióse de modo considerable y en todas partes se le consideró «como un grande y verdadero nigromántico, brujo, hechicero y mago».

Dije al comenzar a referir la historia de este hombre—que extracté, en sus partes principales, de la citada obra de Llorente—que el delator que lo llevara a las cárceles de la Inquisición había sido un íntimo amigo suyo. En efecto, este canallita fué don Diego de Zúñiga que, según las noticias que da el cronista en que me informo, «después de haber sido tan mala cabeza como el doctor Eugenio, vino a parar (como muchos de su rango) en fanático y supersticioso».

Ante los jueces del Santo Oficio, Torralba certificó todo lo que ya se ha dicho en esta lectura, pero negó

en forma terminante que tuviera pacto expreso con él o que hubiese maliciado que no era el ángel bueno, sino el propio demonio. Mas, como el asunto se iba poniendo serio para él, terminó por decir que estaba muy arrepentido de todas sus culpas, «pero que no podía confesar pactos ni hechizos, porque jamás habían intervenido los demonios; ni desprenderse de la visita del ángel Zequiél, porque no era árbitro para impedirle que viniese; y que sólo podía prometer no llamarle nunca, no desear que venga y no condescender a propuesta alguna que le indique».

Torralba estuvo encerrado cuatro años en las cárceles de Cuenca sufriendo como castigo tormentos de cuerda. El cardenal Manrique, Inquisidor General, le dispensó luego la penitencia, diciendo ser en atención a su arrepentimiento y a lo sufrido en la cárcel; pero, en realidad fué—opina Llorente—porque el almirante de Castilla don Fadrique Enríquez, su próximo familiar y amigo, suplicó a favor suyo, por ser éste su médico y que aún volvió a serlo durante algún tiempo (1).

Treinta años más tarde de ocurridos estos sucesos, escribió Luis Zapata su poema «Don Carlos famoso»; y ochenta años después incluyó Cervantes en las páginas de «Don Quijote» la alusión a que me referí en un principio.

Si consideramos las ilusiones de Torralba como hechos verdaderos y las juzgamos con criterio teológico, tendremos que convenir que aquí el pacto no fué formal, porque no hubo obligación por ninguna de las

(1) Cfr. Juan Antonio Llorente: *Historia crítica de la inquisición de España*, t. III., p. 228-251. Madrid, 1822.

dos partes y porque, además, el mitómano o alucinado doctor de Cuenca imaginaba que Zequiél era un Ángel de la Guarda...

Pero puede ocurrir que un individuo en su desesperanza invoque al demonio y éste no se presente ni acuda en ninguna forma, por una misteriosa intervención favorable de la voluntad divina. En este caso, dicen los teólogos, naturalmente que no hay pacto, pero el pecado por voluntad de querer invocar al demonio, aunque esa voluntad se haya frustrado por causas superiores al albedrío del hombre, es siempre grave, de gravedad de pecado mortal en grado máximo...

Según los demonólogos, cuando ocurre el pacto infernal el demonio cumple con lo prometido siempre que la voluntad divina no tuerza sus designios. Pero este cumplimiento del demonio, observan los teólogos—como ya lo he dicho en esta lectura—no es por fidelidad a la palabra empeñada, ya que el espíritu maligno es fundamentalmente perverso y desleal, y la mentira se alimenta en la esencia misma de su espíritu, sino porque la estrictez en cumplir su palabra amarra más al humano que entra en trato con él y asegura de esta manera su ruina definitiva.

Es curioso que la mayor parte de las invocaciones de la Edad Media tienen por finalidad un deseo de apoderarse de los secretos del cosmos o la ambición alquímica de transmutar el plomo en oro. El amor a las voluptuosidades se confunde aquí con el poderío político, pues el oro abre todas las puertas y lleva a todas las dignidades, menos a la que confiere el verdadero amor. El amor casto, intenso, como son todas las fuerzas del Universo en el proceso de las afinida-

des electivas, no está incluido, parece, en el programa diabólico. Por eso el Satán del Medio-Evo rehuyó comprometerse en esta clase de pactos, es decir, en el de facilitar por medio de sus artimañas que un hombre se acomodara honradamente, con una mujer. En cambio aparece generoso para facilitar honores y venganzas a destajo.

Sin embargo, los que dedicaron su tiempo a estudiar las sutilezas que contienen estas aberraciones neuropáticas en las que se pretende hacer jugar en pugna intensa al Bien y al Mal—es decir, a las dos fuerzas contrapuestas que rigen la vida moral de los humanos—nunca le dieron a esta obligación carácter irrevocable. Por medio del arrepentimiento, el más empedernido demonólatra puede quedar libre, si lo quiere, de su tenebrosa servidumbre, y aún después de roto el pacto, puede elevarse por la penitencia a la más alta perfección espiritual.

En párrafo aparte he hablado ya de San Cipriano y Santa Justina, que después de haber practicado las artes mágicas con extraordinaria pertinacia, lograron la santidad por el camino del martirio. Lo único que habría que saber es si este santo y su amiga bienaventurada existieron alguna vez en carne y hueso. . . .

Otro caso célebre es el de San Teófilo, llamado *el Penitente*. Jacobo de Vorágine nos habla de él con su acostumbrada ingenuidad deliciosa.

Vivió Teófilo en el año 537 del Señor, en Sicilia, donde ocupaba el cargo de vicario de un obispo, bajo cuyas órdenes administró tan sabiamente la diócesis, que a la muerte del prelado, el pueblo, por aclamación, exigió que fuera él quien lo reemplazara. Pero Teófilo estaba contento con su vicariato y como un

grande favor pidió que lo dejaran en ese cargo y eligieran para obispo a otro sacerdote. Así lo hicieron sus partidarios; mas, a poco andar el nuevo obispo, despojó a Teófilo de su función bienamada.

El ultrajado varón, hasta aquel entonces bueno y modesto, monta, por lo antedicho, en irrefrenable cólera en contra del obispo y, en su ardimiento, solicita los consejos de un brujo judío, el que invoca al diablo. Satanás no tarda en acudir. Bajo sus órdenes Teófilo reniega de Cristo y de la Virgen. Escribe el pacto con su propia sangre, sella el escrito con su anillo sacerdotal y después de dárselo al diablo queda entregado a su servicio. El demonio, cumpliendo su palabra, maniobra para que restituyan a Teófilo en su antigua dignidad; y lo consigue. Mas, cuando el sacerdote recapacita lo que acaba de hacer, se hunde en pavorosa desolación, y cubierto de lágrimas suplica a la Virgen Santísima que se digne venir en su ayuda. La Virgen escucha la plegaria y se le presenta; le hace, por cierto, vivos reproches de su impiedad y le ordena renunciar al diablo y que proclame de viva voz su fe en el Cristo y en su doctrina, y conseguido ese público arrepentimiento termina ella la intervención obteniendo de su Divino Hijo la gracia para el contrito pecador. Esto lo hace en una segunda visita durante la cual deja en el pecho de Teófilo el pacto que éste había escrito con su propia sangre y que estaba en posesión del diablo. Con eso quedaba demostrado que el vicario había dejado de ser un esclavo del demonio y que, gracias a Ella, era libre nuevamente para seguir el camino de la felicidad eterna.

Teófilo transportado de júbilo contó ante el obispo y el pueblo todo, el milagro que acababa de ocu-

rrirle y tres días después se durmió en la paz del Señor (1).

Y... *se non é vero, é ben trovato...*

LAS NOCHES DEL SABBAT

Emilio Littré en su «Diccionario de la lengua francesa», hace derivar la palabra *Sabbat* del latín *Sabbatum*, que a su vez vendría del hebreo *Schabat*, «reposar».

Con esta explicación el gran filólogo y lexicógrafo disiente del juicio de muchos lingüistas europeos que hacen remontar el origen de este vocablo a *Sabasius*, dios frigio que entre los griegos de la Hélade entera fué idolatrado con el nombre de Dionisos o Baco.

Según esta última opinión, en las *Sabazias* o fiestas de Baco, durante el desfile, enloquecidos de sol y de vino las bacantes, adoradoras del dios, pronunciaban entre gritos de alegría o furor, una palabra ritual, repetida hasta el infinito: «¡Sabué! ¡Sabué! ¡Sabué!» Era ésta, en realidad, una deformación fonética del nombre frigio del ídolo que, al pasar a otras ramas lingüísticas del árbol indoeuropeo se transformó en Francia, en la región de la Provenza, muy avanzada la Edad Media, en la palabra *Sabbat*. De la Provenza habría pasado esta voz a los pueblos germánicos primero y de ahí a todas las naciones de la civilización occidental.

Para justificar su punto de vista, adverso a lo que acabo de decir, el sabio Littré escribe: «Se ha querido

(1) Jacobo de Vorágine: *La légende dorée* (traducción del latín de Teodoro de Wysewa). París, 1905; cap. C. XXIX.

encontrar la etimología de *Sabbat*, reunión de brujas, en las *Sabazias*; pero la forma (de este término) no lo admite. Pues ¿cómo en la Edad Media iba a conocerse las *Sabazias*?»

A lo antedicho se objetó a Littré que en la vida de los mitos no es necesario que actúe en el proceso evolutivo de éstos lo que podríamos denominar «memoria histórica», o recuerdo consciente de los hechos pasados, pues basta, para el dinamismo de su transformación, que los elementos folklóricos estén representados en cada uno de los hechos sucesivos en que el mito se presente en nuevas formas vitales. Verbigracia, no hay duda alguna que el carnaval europeo es una continuación (adaptada al sentido caricaturesco que el cristianismo le dió) de las Saturnales paganas, y nadie en los diversos pueblos de Europa, después del derrumbamiento del Imperio Romano, supo que esto era así, hasta que la crítica histórica de la Edad Moderna lo aseguró sobre pruebas concluyentes.

En cuanto a la forma etimológica tampoco hay razón en contra para impugnar la transformación de la palabra *Sabazias* en *Sabbat*.

Otro punto para aceptar como razonable este origen es el escenario mismo que el folklore demonológico le atribuye, con rara uniformidad, a esta fiesta de los brujos y de las potencias infernales. Toda la «*mise en-scène*» del *Sabbat* es el de un epiléptico carnaval, tomado en serio. Los monstruos que en las fiestas carnavalescas se arreglan bajo sus disfraces para disparar un hatajo de burlas contra el orden establecido, aquí, en el *Sabbat*, sin cambiar su aspecto de comparsa turbia, pierden definitivamente su acento cordial. La luna—la vieja Hécate, diosa de pechos lacios y estériles que vaga por las tumbas abandonadas—pone

su nimbo de cirio sepulcral sobre un escenario de montes yermos o en el claro de la abrupta selva donde la ceremonia va a realizarse.

Nada impide, sin embargo, que la diabólica asamblea pueda realizarse en otros sitios cerrados o secretos e incluirse en un templo cara a cara del altar mayor, o en una capilla solitaria, como esa del Espíritu Santo, sobre el monte Rhune, en el distrito de Rayona, departamento de los Bajos Pirineos (1).

El silencio a veces es azul y terso como un lago; otras se rompe como un duro prisma, bajo los aletazos furibundos del vendaval, en estas medianoches en que la cita demoníaca corta la hoja de su calendario. Pero al vibrar la última campanada de las doce, no importa que reine la calma o ruja el ciclón, comienza el desfile de las brujas. Si el sitio convenido está cerca, a pie; si está algo lejos, en marcha forzada, recibiendo en las espaldas la mano frenética del viento que las empuja y lleva en vilo como ramas secas que tumba y arrastra la tempestad. Sólo cuando la distancia es muy larga, actúa el vuelo mágico: desde todos los puntos de la rosa de los vientos se dirigen, entonces, hacia el hemicíclo de piedra, bandadas de palos de escoba, cabrones y asnos aereostáticos, en los cuales cabalgan los brujos y brujas que han de concurrir al aquelarre (2), mientras el silencio resuena como un tambor y la luna, atravesada de sombras fugaces, di-

(1) Cfr.: Jacobo J. Görres: *La mystique divine, naturelle et diabolique*. París, 1855; t. V, p. 175.

(2) Del vasco *aquer*, cabrón; y *larre*, prado. Esto es «cabrones en el prado», referencia a la idea que las brujas asistían al *Sabbat* montadas en machos cabríos. De tal modo que «aquelarre» es sinónimo de *Sabbat*.

buja una mueca triste, que Hécate, su hermana griega, no conoció.

En un montículo que le sirve de sillar y de asiento, Satanás, el Gran Cornudo, preside. Está de espaldas y las brujas así lo besan y reverencian. A veces tiene la forma de un gigante rojo o negro con puntiagudos cuernos frontales y larga cola; otras, la de un cabrón de cuernos retorcidos. También se le hace actuar como pollino de larguísimas orejas y una vela entre ambos apéndices. En torno de él se agrupan los demonios y el coro de brujos formando una asamblea de pesadilla.

Los demonólogos apuntan que en las reuniones del Sabbat predominan las mujeres e informan, asimismo—lo que conviene subrayar como un rasgo que denuncia la influencia del carnaval en esta imaginación neuropática—que, a veces, *algunos asistentes, para que no se les conozca*, cubren su cara con máscaras (1).

Dije que todo lo que era broma en las carnavaladas persistía, con un carácter de grotesca seriedad, en las reuniones Sabáticas. Pero el rasgo característico es su trastrueque o conversión de valores. Lo que es santo para el cristianismo es objeto de profanación en el aquelarre; la oración se transforma en insulto; el ruego en blasfemia; la castidad en concupiscencia; el amor en odio; el orden sacerdotal en herejía. Desde el instante en que se inicia el rito diabólico, las siete virtudes cardinales se vuelven locas, es decir, se convierten en los siete pecados capitales cuyo epicentro es el ombligo del taciturno símbolo del Mal que preside en lo alto del montículo que le sirve de trono.

El Angel Caído, que sufre las consecuencias de su destino atroz, privado para siempre del cariño de

(1) Martín del Río, ob. cit., lib. 2.º, p. 16.

Jehová, trata de mitigar su furia con la grito desapa- cible del brujerío que lo acompaña. A los pies de él esa turba desmelenada reniega de Cristo, de la comu- nión de los Santos, del perdón de los pecados, de la intercesión dulce de la Virgen María, del agua bau- tismal, y, en términos generales, de todo lo que es puro y bueno. En cambio de ese servilismo a las nor- mas de su sino trágico, el soberano del Averno prome- te todo lo que el mundo puede prometer en su simple materialidad profana: riquezas, honores, poder efec- tivo de hacer el mal en todas sus formas y de ejercer, sin mengua, el dominio de las pasiones oscuras que se enraízan en la bestialidad instintiva de la carne.

Es aquí también, en estas reuniones del Sabbat, cuando se realizan las Misas Negras, remedo carica- turesco y bestial de la Misa cristiana. En seguida ha- blaré de ellas, pues aún deseo añadir algunas palabras respecto a la simbología de las fechas en que tales asambleas se efectuaban.

Los «brujos» que sufrieron tormentos en tiempos de la Inquisición y muchos de cuyos procesos existen en varias bibliotecas europeas (1) aseguran con uni- formidad que estas citas y «ayuntamientos» celebrá- banse a la medianoche de las días viernes y duraban hasta que a las luces del alba escuchábase el saludo de los gallos. Para los brujos el cantar del sultán del ga- llinero era suficiente para desvanecerlos en el aire, como se desvanecía el humo de las chimeneas por don- de generalmente salían a sus nocturnas vagancias. La elección del viernes aparece, a primera vista, como

(1) Respecto a los procesos inquisitoriales sobre ejercicio de la brujería, conviene consultar para mayor abundancia de da- tos la obra fundamental de H. Lea: *History of the Inquisition of the Middle Age, 1888*,

una lógica continuación del sentido caricaturesco y vejatorio en el cual está urdida toda la arquitectura folklórica del Sabbat; pues, si el viernes fué el día en que se crucificó a Jesús, en viernes tendrá que ser asimismo, la ceremonia en que se alabe a Satanás, su Enemigo por antonomasia.

Otro tanto ocurre con el carácter anunciador del gallo. Cantó él a la medianoche cuando el nacimiento del Niño Dios; y cantó, también, por tres veces cuando Pedro renegó de su Maestro Divino. Y así como el Pescador tiembla al oír la señal ya anunciada por el Carpintero, así también las brujas llénanse de pavor y se desvanecen al escuchar como una advertencia augural, el himno al enemigo de las tinieblas, el *Sol*, a quien, esta ave simbólica, saluda al percibir las primeras luces del alba.